

CAPITULO XI.¹

DE LA VIDA, EMINENTES LETRAS
Y RELIGIOSÍSIMAS VIRTUDES DEL P. DR. PEDRO DE HORTIGOZA,
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

§ I

*De sus primeros estudios, grandeza de ingenio que en ellos mostró
y entrada en la Compañía.*

Por favores también de nuestro bienaventurado Patriarca San Ignacio, podemos contar los ilustres varones en letras y religión que Dios Nuestro Señor desde sus principios ha dado á nuestra Indiana Provincia de México, porque así como cuando el Santo fundaba la Compañía, bien entendió y se lo significó al Embajador del Rey de Portugal que la fundaba para que se extendiese no sólo en el Antiguo Mundo sino en el Nuevo, que también bañan los rayos del sol, y ya los resplandores de la luz del Evangelio lo alumbran, así también debemos entender que ahora desde el cielo favorece, y ampara y amplifica las familias y Provincias suyas que han penetrado este Nuevo Mundo; y entre los otros favores que nuestra Provincia reconoce de nuestro glorioso Padre, uno de grande estima es, el haber venido á ella hijos suyos y varones ilustres que criados con la doctrina é instituto de sus reglas la ilustraron, regaron y fertilizaron, cogiendo abundantísimos frutos de su santa doctrina y esclarecidos ejemplos de sus vidas. Razón que nos obliga á hacer aquí memoria de ellos.

Habiendo de escribir en este y en los capítulos siguientes, las vidas y esclarecidas virtudes de sujetos insignes, religiosos de la Compañía de Jesús, que en nuestro Colegio primario de México, habiéndose empleado en santos ministerios, en él consumaron el curso de sus muy ejemplares vidas; por muchos títulos debemos comenzar y poner en primer lugar la del eminente Dr. P. Pedro de Hortigoza, que demás de haber dado principio á la lectura de facultades mayores, cuando la Compañía abrió sus escuelas en la insigne ciudad de México, y haber leído en el dicho Colegio la cátedra de prima de la sagrada Teología por tiempo de cuarenta años, fué maestro universal de los sujetos más ilustres en letras que ha habido en este tiempo, en el extendido Reino de la Nueva España; títulos todos que juntos con los admirables ejemplos que en toda su vida dió de religiosísimas virtudes, obligan á que demos este primer lugar al venerable P. Pedro de Hortigoza, á quien desde sus tiernos años parece prevenía la Divina Providencia para los grandes empleos en que (como iremos viendo) se había de ocupar.

Nació en la villa de Ocaña, Arzobispado de Toledo, y siendo de muy pocos años, reconociendo sus padres la viveza y presteza de su ingenio,

1. Véase la advertencia al principio del tomo I.

lo aplicaron á que estudiase la Latinidad. Leyó en esta ocasión en Ocaña el P. Hernán Suárez de la Concha, uno de los primeros Padres que vinieron á fundar la Compañía á la Nueva España, y de quien atrás queda hecha honorífica mención. El cual á las primeras lecciones que dió y tomó á su nuevo discípulo, halló tanta facilidad y despejo en dar cuenta de lo que estudiaba ó daba de memoria, que le preguntó si acaso antes había estudiado, y pasó esto tan adelante, que el día que había de argüir ó salir en público á conclusiones, ó á otro ejercicio literario de su facultad, aunque como niño se hubiere entretenido hasta la hora de lección, de repente hablaba con tanta agudeza y daba razón de todo con tanta puntualidad, que los que le oían lo juzgaban por cosa rara y admirable. Y fué tan célebre en España la fama de este jovencito estudiante, que el P. Juan de Bonifacio, en el Libro segundo de la obra que imprimió é intituló *Christiani pueri institutio*, tratando de los raros ingenios de niños que ha habido en el Mundo, cuenta entre ellos á nuestro Padre y le llama *Puer Carpentanus*. Donde pondera que en sólo nueve meses desde el día que le pusieron el arte en las manos, no sólo aprendió toda la gramática latina, y la hablaba sueltamente, sino también componía todo género de verso latino á que después añadió la lengua griega, y en todo salió tan eminente, que aun hasta los últimos años de su prolongada vida admiraba la puntualidad con que notaba y cogía al vuelo las erratas de los versos que oía, corrigiéndoles con tanta presteza y agudeza, como si entonces estudiara la poesía.

El que tan aventajado y vivo se mostraba en la gramática, bien se echa de ver con cuántos mayores resplandores luciría en sus estudios mayores, que es donde se afinan las grandes habilidades é ingenios. Pasó á oír su curso de artes á la Universidad de Alcalá, y alcanzó en él tanto nombre, que no sólo en aquella Universidad, sino aun fuera de ella, corría su fama. Luego que se graduó de Bachiller en artes, que en la Universidad de Salamanca y de México es grado que corresponde al del Licenciado en la Universidad de Alcalá, le llamó Dios para la Compañía, para lo cual tenía destinado un sujeto tan lucido que la había de ilustrar con su gran caudal de letras y virtudes de perfección religiosa. Algo se dificultaba su entrada por la pequeñez de la estatura de cuerpo y dudarse de la edad de 18 años que él decía que tenía, pero venció la grandeza de su insigne habilidad para recibirlo en la Compañía. Entró en ella día de la Invención de la Santa Cruz, el año de 1564. Este día con el que de allí á dos años hizo sus votos, y el de su profesión solemne á 10 de Septiembre año de 1581, tenía notados en un papel de su letra y firmado de su nombre, para dar cada día gracias á Nuestro Señor en la Misa por el singular beneficio de haberle traído á su casa y Compañía. En el noviciado se dió tan de veras á todos los ejercicios de virtudes que en ella se profesan, y echó tan profundas raíces, y salió tan aprovechado en ellas, cuanto se echó de ver todo el largo tiempo que en la Religión vivió, con los ejemplos de santidad que adelante veremos.

Cumplido su noviciado de dos años y hechos sus votos, entró á oír la Teología en nuestro Colegio de Alcalá, con tan lucido aprovechamiento, que los superiores y maestros por la gran satisfacción que tenían del sujeto, le encargaron presidiese en conferencias á nuestros hermanos estudiantes sus condiscípulos. Lo cual ejerció con tanta

eminencia, que salían los rayos de su grande ingenio y lucían en aquella Universidad. Y sucedió tal vez, que hallándose en esa insigne Universidad, siendo todavía estudiante, nuestro hermano Pedro de Hortigoza á un acto público, á que presidía el Dr. Almonacir, conocido por sus letras y escritos, que honrándole con título de Paternidad, no tan usado en aquel tiempo, le obligó á que replicase, no obstante que por ser mozo y no estar graduado en aquella facultad, lo contradecían algunos religiosos. Y salió tal la réplica, que dijo de ella el maestro, que había sido la más insigne que había oído en aquellas escuelas.

Y luego que el hermano Hortigoza acabó de oír sus cuatro años de Teología, y antes de recibir los Sacros Ordenes (por falta de edad), le mandaron los superiores suceder en la cátedra de Teología á su insigne maestro el P. Azor, y serlo de sus mismos condiscípulos concurrendo en este tiempo el ser maestro de Teología cuando también la leía el sapientísimo P. Alonso Desa. Después prosiguió su lectura, siendo ya sacerdote el P. Hortigoza, con la misma satisfacción en nuestro Colegio de Plasencia, adonde mudó la Compañía los estudios que tenía en el Colegio de Ocaña, por mayor comodidad entonces de los estudiantes.

§ II

*Pasa el P. Pedro de Hortigoza á la Nueva España;
empleos que en ella tuvo y lo que fueron estimadas sus letras y doctrina.*

Muy bien ocupado y empleado, con opinión de eminente ingenio, estaba el P. Pedro de Hortigoza, cuando N. P. General Everardo Mercuriano, el año de 1577, deseando que se fundasen y entablasen los estudios que la Compañía profesa en una ciudad tan insigne como la de México, y cabeza de un Reino tan extendido como el de Nueva España (no sin impulso del cielo, como lo mostraron los felices efectos), señaló al dicho Padre para que como el primer maestro leyese en él las facultades mayores. El cual luego que oyó la voz de Dios Nuestro Señor por medio de la santa obediencia, que lo enviaba á una Provincia tan remota y nueva en aquel tiempo como la de Nueva España, pues no había más de cinco años que los de la Compañía habían pasado á ella; ni reparando en la opinión y crédito que de él se tenía en España, aceptó su obediencia como aquel que estimaba en más el resignarse en la voluntad de Dios, que todas las glorias y aplausos del mundo.

Finalmente, pasó en compañía de los segundos sujetos que de la Compañía vinieron á la Nueva España, por gran dicha suya y de todo el Reino, donde por boca de todos era llamado el Padre y maestro de la Teología. Y porque en este tiempo (como al principio de esta Historia queda dicho) eran muy pocos los que cursaban las escuelas de letras en México, el P. Dr. Pedro Sánchez, primer Provincial, dijo al P. Hortigoza: Padre mío, si quiere discípulos en Teología, hágalos; y así con nuevo gusto, se encargó del primer curso de artes, y comenzó á leer las sùmulas y primeros rudimentos de esta facultad, el que había sido maestro de la Teología en una Universidad tan célebre como

la de Alcalá, y acabado de leer el curso de artes, comenzó á leer la cátedra de Teología prosiguiéndola por espacio de casi cuarenta años, sin haberla interrumpido más que tres años, que fué Rector del Colegio de México y pasó á Roma por Procurador de la Provincia. Y así todas las religiones, cabildos eclesiásticos y Universidad insigne de México, reconocieron al P. Pedro de Hortigoza por su universal maestro. Y sacó tantos discípulos para todo este Nuevo Mundo aventajados en letras, que muchos de ellos honraron las sagradas religiones con su doctrina y gobierno, otros en las catedrales alcanzaron honrosos puestos y algunos sillas episcopales de Iglesia, otros ocuparon lugares en audiencias. Y finalmente, fueron innumerables los discípulos del P. Pedro de Hortigoza, que en beneficios y curatos de almas, con la doctrina que aprendieron de tal maestro, hicieron grande fruto en Españoles é Indios.

Hallándose, pues, la Universidad honrada con un tan universal maestro (porque aunque el P. Hortigoza no leía en ella, sino en nuestro Colegio, pero no le perdían lección los cursantes en la Universidad á diferente hora), queriendo, pues, honrarse con dar el grado tan merecido y borla de Doctor al que reconocían todos por maestro, toda ella lo pidió á la Compañía. La cual escribió sobre esta demanda á N. P. General, pidiéndole licencia y dispensación para que el P. Pedro de Hortigoza recibiese el grado de Doctor. Nuestro Padre lo concedió con mucha voluntad, por las circunstancias y razones que aquí se interponían. Concedida esta licencia, no quiso la Universidad que en grado tan merecido hiciese el Padre, ni la Compañía, ni otra persona por él, gasto alguno de propinas ó pompa, teniendo por más estimable propina la doctrina que de tal maestro recibían. Para que fuese más célebre este acto, quiso el señor Arzobispo de México, Dr. Pedro Moya de Contreras (que después fué Presidente del Consejo Real de Indias), que en sus Casas Arzobispales se juntasen todo el Claustro y los Cabildos eclesiásticos y seglares, la nobleza, estudiantes y gente de cuenta de la ciudad, queriendo hacer su Ilustrísima esta honra al P. Pedro de Hortigoza por tenerlo por su maestro (como después veremos) y por las raras virtudes y humildad que en él reconocía. Y por el mismo caso que sabían que eran muy ajenos de su humildad estos aplausos, ponía más cuidado Su Señoría en solicitarlos. Con todo este acompañamiento y honra salió nuestro humilde Padre desde las Casas Arzobispales hasta la Universidad, añadiéndose á esto otra singular demostración de estima y honra que quiso hacer el señor Arzobispo á persona que tanto estimaba, como al P. Hortigoza; que fué llevarlo á su lado, con todo el dicho acompañamiento hasta la Universidad. Y no fué sólo este favor el que recibió de su Ilustrísima; porque también á los actos de sus *quotlibetos*, y repetición, se quiso hallar presente el Ilustrísimo Prelado. Recibió el P. Pedro de Hortigoza la borla y grado de Doctor con grande alegría de todos el año de 1582. Y como fué de los primeros y antiguos graduados en la Universidad, y vivió tantos años, fueron muchos los que duró como decano de la facultad, y grande el número de los discípulos que graduó. Los cuales tenían á grande dicha recibir el grado, ora fuese de bachilleres, ora de licenciados, ora de doctores de mano de tal Doctor, porque como ellos decían, en eso tenían honra y provecho: honra por recibir el grado del que era maestro de todos, y provecho porque nunca llevó propina,

ni otro derecho alguno de los que usan pagar en la Universidad, y así todos lo reconocían por universal benefactor. Si hubiéramos de contar el número de discípulos ilustres en calidad y aventajadas letras que sacó á luz, y adornó con su doctrina este grande Doctor, fuera nunca acabar. Pero fué tan insigne uno de ellos, que aunque hicimos mención de él en el primer Libro de esta Historia, pero por honra de su maestro no podemos dejar de repetirla aquí. Discípulo insigne del P. Pedro de Hortigoza, fué el Ilustrísimo Señor Doctor Prelado de la Iglesia Arzobispal y Metropolitana del muy extendido y dilatado Reino de México, Dr. Pedro Moya de Contreras, persona de quien hizo tanta estimación el señor Rey Felipe II, que de las Indias lo llamó á España, para que presidiendo á su Consejo Real en Madrid, desde él gobernase todas las Indias. Este, pues, tan gran personaje y Doctor graduado en cánones, estimó en tanto las letras, religión y virtud del P. Pedro de Hortigoza, que no se desdeñó de ser su discípulo, ni las ocupaciones de Arzobispo de México le fueron estorbo para oír de tal maestro todo el curso de artes, comenzando de sus primeros rudimentos que son las sùmulas. Y habiendo estudiado con toda exacción todo el curso de artes, quiso también oír el de la sagrada Teología, con tan singular aplicación y estudio, que todos los días á hora señalada iba el P. Hortigoza á su palacio, donde el Arzobispo tenía sus conclusiones y ejercicios literarios, convidando para ellos no sólo á los doctores y religiosos más doctos, sino también á muchos estudiantes, de quienes tenía noticia ser los más aprovechados en sus estudios, á quienes acabadas las conclusiones y actos, regalaba con tanto amor y humanidad, que edificaba y robaba los corazones de todos; á que añadía Su Señoría el ir algunas veces á nuestro Colegio, no para asistir á actos de letras muy célebres (que aun eso fuera mucha honra), sino á conclusiones ordinarias que llaman sabbatinas, por oír á su maestro P. Hortigoza; cuyo Ilustrísimo discípulo salió muy aventajado en una y otra facultad de artes y Teología, y le pesaba de no haberlo tenido por maestro desde sus años juveniles.

Y finalmente, hizo tanta estimación el santo Arzobispo del P. Pedro de Hortigoza, que convocándose el Concilio Provincial Mexicano el año de 1585, á que concurrieron siete obispos sufragáneos, doctos, santos y de grande prudencia y gobierno; presidiendo él como Metropolitano y siendo juntamente Virrey de la Nueva España el Ilustrísimo D. Pedro Moya de Contreras, encargó al P. Dr. Pedro de Hortigoza, que dispusiese las materias y sesiones que se habían de tratar en el Concilio, sus cánones y decretos, en que trabajó mucho, y en grande utilidad de las iglesias, gobierno y clero de este Nuevo Mundo. Después de lo cual, cuando el Arzobispo hubo de ir á España por Presidente del Consejo de Indias, llevó en su compañía á su maestro el P. Pedro de Hortigoza, el cual en esa sazón fué electo en nuestra Congregación Provincial por Procurador á Roma. Y vuelto de esta jornada, prosiguió en su lectura de cátedra de Teología.

El Tribunal Santo de la Inquisición, cuyo calificador más antiguo fué, por muchos años se valió mucho de su parecer, prudencia y consejo; fiando tanto de sus letras, experiencia y secreto, que solía decir uno de los más graves Inquisidores, y que lo había sido en España, que era uno de los mejores Ministros que había conocido en la Monarquía. La Universidad Real de México trató muchas veces de ele-

girlo por su Rector, y lo hubiera hecho, si él con su mucha Religión no lo hubiera estimado, representando con su mucha humildad, que esa dignidad no era conforme al Instituto de la Compañía. Y cuando como decano confería los grados en la Universidad, hacíalo con tanta erudición, gracia y destreza, que eran grandes los concursos á verle y oírle. Con la misma estimación consultaban al P. Dr. Pedro de Hortigoza los Virreyes, Arzobispos y demás tribunales, aunque el Padre era tan humilde y poco inclinado á lucir, que cuanto era de su parte se retiraba y escondía. Llegó su fama y nombre de insigne Doctor, no sólo á las Filipinas, adonde (como en su lugar se dirá) pasaron sus discípulos á fundar las letras, y al Perú, por la comunicación y cercanía de sus Provincias de Indias, mas á los Reinos de Castilla y Universidades de la Europa, con tanta estimación de su doctrina, que habiendo algunos de su Provincia remitido á consultar casos particulares de Indias con la firma y parecer del P. Pedro de Hortigoza, respondió el eximio Dr. P. Francisco Suárez, que era para él de tanto peso el parecer y doctrina del P. Pedro de Hortigoza, que hacía coro de por sí entre grandes maestros; y á nuestros hermanos estudiantes que pasaban á nuestra Provincia de Nueva España, les decía: «Teniendo allá al P. Hortigoza, no tienen que envidiar cosa de por acá:» y religioso nuestro vino de España que afirmó haber oído, que el mismo P. Suárez había mudado de opinión en cierta materia, convencido de las razones y parecer del P. Hortigoza; y no es mucho, pues aun siendo estudiante confesó el P. Maestro Deza, que había mudado otra por el mismo respecto; y N. P. General Claudio Aquaviva hizo tanta estimación de las letras y doctrina del P. Hortigoza, que cuando fué á Roma deseó que se quedase por allá y le convidó con la cátedra de Teología del Colegio de Nápoles, lo cual el Padre con mucha humildad agradeció por la estima que su Paternidad hacía de su persona, pero con otra tanta sumisión y resignación le propuso que no parecería bien que habiéndole fiado su Provincia los negocios más graves de ella, dejase de volver con la respuesta; y así, si su Paternidad le daba licencia, se volvería á su Provincia de Nueva España, de que nuestro Padre quedó muy edificado, y con ella volvió el P. Pedro de Hortigoza acompañado de muy buen número de sujetos, y llegado á México prosiguió con la lectura de su cátedra de Teología, con las mismas veras y continuación con que había comenzado.

§ III

Deja este insigne maestro de leer su cátedra, y refiérense sus virtudes y ejercicios santos en que se empleó en el resto de su vida.

Aquejado ya nuestro maestro y Dr. P. Pedro de Hortigoza con los achaques de su mucha edad y jaquecas que padecía sobre casi cuarenta años de continua lectura, con parecer de los superiores alzó mano el año de 1610 de esta ocupación, sucediendo en ella otro grande maestro, P. Diego de Santiesteban, de cuya religión y letras adelante se dirá. Desocupado el P. Hortigoza de su lectura, no por eso se excusaba emplearse en muchas obras de caridad. Porque lo primero,

trabajaba en resolver y responder á gran número de casos y en causas muy graves, que de todo el Reino y de fuera él se le consultaban. Del Perú, Nuevo Reino, de Cartajena, de las Islas Filipinas y aun desde el Japón le escribían y consultaban nuestros Padres que andaban en aquellas misiones, por la estima que hacían del parecer de persona tan grave.

Y las virtudes de este insigne varón fueron verdaderamente grandes, y aunque parecían de comunidad, no por eso eran de menor estimación. Ponderaban todos su puntualidad y continua uniformidad, tan señalada, que comenzando desde la mañana hasta la noche, todos los días era su ocupación la misma. Afirman sus compañeros que por mucha prisa que se diesen en tañendo á levantar, al ir á su aposento le hallaban de rodillas en oración. La uniformidad en decir siempre Misa á una misma hora, rezar las horas, sus devociones, tantas y tan menudas como de un novicio, las visitas al Santísimo Sacramento, á la Capilla de Nuestra Señora de Loreto, cuya devoción siempre estuvo muy frecuentada en nuestro Colegio, y para todo tenía el P. Hortigoza señalado su lugar y tiempo. La puntualidad en ir á servir al refectorio y fregar cuando podía, la llaneza con que recibía y trataba á todos los que lo buscaban y consultaban á todas horas, la humildad tan rara buscando siempre los últimos lugares, y escondiéndose los días de frecuencias y concursos, dando en todo esto un continuado y muy religioso ejemplo. Con la misma humildad estimaba á todos los de casa y se los ponía él á sí mismo por ejemplo; de tal manera, que visitando esta Provincia el P. Diego de Avellaneda, le dijo que en el Colegio de México no hallaba ninguno de quien no tuviese que aprender. Y mandándole en una quiete el mismo Padre que dijese lo que tenía notado de virtud en todos, fué discurrendo por sus virtudes, de suerte que dejó admirados á los nuestros, que advirtieron que aquello era imposible se hiciese sin particular cuidado y humildad. Y era así, porque tenía en un cuaderno, escrito de su mano, algunos insignes varones en virtud y religión, que más le despertaban y alentaban en el camino de la perfección, y se notó que estos no sólo eran de los Padres graves, como los diez primeros que fundaron nuestra Compañía, ó los PP. Araoz, Gobierno, Isla, etc., sino también Hermanos estudiantes y coadjutores. De la misma humildad y menosprecio que siempre tuvo de apetito de honra, nació el no haber querido imprimir ni sacar á luz obra suya, con habérselo pedido tantos de dentro y fuera de la Compañía, y aun en Congregaciones Provinciales; ni resplandeció poco entre los demás actos de humildad, que con ser hombre tan eminente se aplicó á aprender la lengua mexicana, y confesó en ella, y cuando volvió de Roma, en el tiempo de la navegación y por los caminos leía la gramática mexicana á muchos de los nuestros que trajo de España, los cuales después fueron grandes operarios de Indios. A todo lo cual se juntó no habérselo conocido en cincuenta años que vivió en esta Provincia, rastro de ambición, dentro ni fuera de la Compañía, ni jamás gustó de favores de Príncipes, si no era en cosas necesarias, aunque muchos de ellos mostraban gusto de comunicarle, y sentimiento de verle tan retirado. Algunas tardes solía bajar á la cocina y ayudaba al Hermano cocinero á limpiar lentejas, garbanzos y otras cosas, y le decía: Hermano, no sabe lo que vale delante de Nuestro Señor mondar una pera, y tal vez fué bastante á confirmar en su vocación

á un hermano, el ver á un hombre tan grave ocupado en cosas de cocina.

La caridad y misericordia con que visitaba cada día los enfermos de casa, consolándolos y alegrándolos, fué muy señalada, remediaba muchas necesidades de pobres extraños con limosnas gruesas, que por su mano dieron personas seglares, y escribiendo por menudo cuanto distribuía, sin haber aplicado á su comodidad valía de dos tomines, y sólo una vez tuvo escrúpulo de comprar una esterilla para su aposento. La devoción á nuestra Señora y al Santísimo Sacramento fué tan tierna, que siendo más mozo iba á pie algunas veces á Nuestra Señora de los Remedios, ermita á tres leguas de esta ciudad y santuario de mucha devoción. De todo sacaba materia de alabar á Dios y meditar en sus perfecciones y atributos.

Y estando un día en la quiete de los jóvenes, y diciéndole un Padre maestro de Teología: que cierto punto que se había leído, era bueno para meditar aquí, se dejó decir el P. Hortigoza: «Pues cuando yo oía Teología, siempre estaba en oración;» y apenas lo hubo dicho, cuando se turbó y enmudeció, quedando como corrido de haber dicho palabra de que pudiese redundar estimación de su propia virtud, porque en esta parte fué notablemente recatado y callado. Era tan tierno en los sermones y pláticas domésticas de los Viernes, que á veces lloraba con tanta abundancia de lágrimas, que no dejaba el pañuelo de la mano; y aun de ver en el refectorio las mortificaciones, y oír alabar del Santísimo Sacramento y la limpia Concepción, como se usa en la Compañía, y leer cartas de edificación de otros Colegios, principalmente de ministerios de Indios, se enternecía.

Y antes que salgamos de su oración y devoción, referiremos una cosa, que dice con ellas y por ser de hombre tan grave y serio fué digna de todo crédito. Cuando sucedió la muerte de los Padres que martirizaron los apóstatas Tepehuanes (de que hicimos larga relación en nuestros triunfos de la Fe), todos los martirizados fueron discípulos del P. Hortigoza, y entre ellos el P. Hernando de Tovar, á quien por su grande virtud y amabilísima condición tuvo particular voluntad y fué el primero á quien los apóstatas dieron la muerte. Andaba, pues, muy tierno y melancólico aquellos días el P. Hortigoza, y quiso Dios consolar, porque una noche (no afirma si velando ó durmiendo) vió una nube muy resplandeciente y salir de ella siete palomas blancas, y volar hacia el cielo, yendo delante una que las guiaba; juzgando que aquella representaba á su querido P. Tovar, primer martirizado, lo cual le causó tan gran consuelo y alegría, que lo escribió y afirmó con estas palabras en un papel: *Testor Deum quod non mentior*, y al fin vuelve á afirmar con juramento *in verbo sacerdotis*, haber sucedido así, y lo firmó de su nombre. Y el P. Provincial Rodrigo de Cabredo envió aqueste papel al convento de las religiosas de San Lorenzo, para consuelo de la madre Isabel de San Bernardo, madre del P. Hernando de Tovar, el primero de los mártires, la cual, después de haber sido muchos años viuda muy ejemplar, se recogió á ser monja en el dicho convento, debajo de la regla de San Jerónimo, donde acabó sus días con grande ejemplo de Religión. Esta señora fué muy hija de la doctrina del P. Pedro de Hortigoza, para cuyo consuelo y suyo propio siempre se entendió que Dios Nuestro Señor le había comunicado la dicha visión.

Y aun no habemos acabado de referir las religiosísimas virtudes de este insigne varón; su pobreza religiosa admiraba á los nuestros. Treinta años vivió en una celda de las más pequeñas y cortas, que había en la casa, y eso tan pobre que nunca consintió (ni aun en tiempo de frío y siendo de tanta edad) que se le colgase una pobre cortina que le sirviese de abrigo, y que cubriese la cama á tantas personas de autoridad que le venían á comunicar, y el último año de su vida, cuando le apretaron más los achaques de que murió, convidándole yo (á cuyo cargo estaba el Colegio), que le acomodáramos mejor la vivienda abriendo una puerta á otro aposento, que estaba pegado al suyo, para que le sirviera de alcoba y tuviese más comodidad en su enfermedad, y aun convidándole el Padre Provincial con el suyo que era más anchuroso, y enviándole la llave para que se pasase á él, á lo uno y lo otro, respondió el amador de la pobreza religiosa que profesaba, *in nidulo meo moriar* (en este pequeño nido he vivido y moriré), lo cual causó notable edificación en la casa. Las lecciones que dictaba, resoluciones de casos ó apuntamientos que escribía, siempre era en cubiertas de cartas y papeles viejos. Y toda su vida, hasta estos últimos años de ella, se cosía y remendaba, y muchas veces le hallaban sus compañeros con los anteojos puestos remendando su vestido, y decía que le era entretenimiento. Deseaba mucho caminase los de la Compañía sin ruido ó aparato y regalo, y que nos mostrásemos en las acciones públicas verdaderos pobres.

Con la humildad, devoción y pobreza, juntó la obediencia, que en un hombre tan grave, viejo tan antiguo y achacoso, resplandecía tanto más, cuanto estaba más venerado en los ojos de todos, y verdaderamente fué en todo maestro, que á un paso enseñó las letras y la virtud. Cuando el Padre Provincial venía á visitar este Colegio, aguardaba á que le llamasen como los demás á dar cuenta de la conciencia, sin persuadirse á que hubiese llegado á tiempo de excepción en nada, y como no le llamaban, él mismo se iba y diciendo el Padre Provincial que bastaba su edad y ejemplo que daba, como Padre y maestro de todos, en ninguna manera venía en ello, ni se quitaba hasta dar cuenta de la conciencia, ajustándose en todo con la regla de la Compañía, y guardando hasta la muerte lo que comenzó en el noviciado. Era enemiguísimo de licencias generales, y si tenía alguna la registraba con los nuevos superiores, y así tenía gran recurso á ellos, no sólo á los mayores é inmediatos, más á los mediatos, y respetaba á un hermano Soto-Ministro, de manera que se echaba de ver, miraba en ellos á Cristo Nuestro Señor. Pedía licencia para cosas tan menudas y tan de ordinario, que parecía un hermano novicio. A los médicos y enfermeros mostraba el mismo rendimiento, y con ser notablemente poco inclinado á usar medicinas y hacer remedios para sus achaques, era tan puntual en que se ejecutase lo que mandaba el médico, que un Hermano enfermero que lo fué en el Colegio más de seis años, tenía notado que jamás mostró repugnancia, ni rehusó remedio ó medicina alguna, como entendí ese que lo mandaba el médico que lo curaba.

*Del dichoso tránsito y solemnes exequias que se hicieron
al P. Dr. Pedro de Hortigoza.*

Año y medio antes del dichoso tránsito de este insigne varón, parece quiso Nuestro Señor prevenirle y avisarle cómo ya se iba llegando el tiempo de recibir el premio merecido á su santa vida, y así le fué apretando y ejercitando más con trabajos, enfermedades y dolores para que fuese más ilustre su corona. Principalmente le ejercitó Dios con una enfermedad de asma que le apretaba de manera, que casi le llegaba á quitar la respiración, y esto con una apretura de pecho y con tan recio dolor, que era menester llegar muy cerca para oír lo que hablaba, y cada día le iba apretando más. Y esto no obstante, causa consuelo la alegría y paciencia con que el santo viejo sufría sus dolores, y los ofrecía á Nuestra Señora. Hasta que con los recios calores y sequedad grande que hubo en esta ciudad por este tiempo, no pudo ya pasar más adelante, ni los médicos se atrevieron á aplicar las medicinas que pedía la enfermedad, y así, estando aún en pie y sin calenturas, resolvieron que recibiese los Santos Sacramentos sin más dilación. Era esto sábado por la mañana y deseaba el Padre decir Misa el domingo y recibir el Viático de su propia mano, por ser Octava de la Santa Cruz; día que tenía muy en la memoria por haberle en él traído á la Compañía Dios Nuestro Señor. Mas los médicos no se atrevieron á dilatarlo, y así, el sábado, acabada la Misa de Nuestra Señora, que con mucha solemnidad se canta á la Congregación de nuestros estudiantes, trajeron el Santísimo Sacramento, lo cual quisieron que fuese con particular celebridad por el grande amor y estimación que del Padre hacían. Venía por delante un terno de chirimías, y luego el guión de la Congregación con seis hachas, y todos los estudiantes de estudios mayores y menores, con sus luces, todos los de casa y otra mucha gente de fuera; de esta manera y con esta solemnidad subieron al Santísimo Sacramento al aposento del santo Padre, que estaba vestido é hincado de rodillas en medio de él esperando al huésped que le venía á visitar y fortalecer para el viaje de la última partida; estaba con la toalla en las manos, y los ojos hechos fuentes de lágrimas, y bien se deja entender las que derramarían todos los presentes con tal espectáculo, pues le miraban no sólo como á Padre y maestro de todos, sino como á santo. Recibió al Señor con tanta devoción y tiernos coloquios, que la ponía á los presentes. Luego pidió la Extremaunción, y fuéle el mal apretando de manera, que se hubo de acostar, y á las nueve de la noche se le dió el Santo Oleo; estuvo tan devoto y tan en sí, que él mismo iba respondiendo á todo, hasta que se dijo la letanía.

Amaneció el domingo y lunes, en los cuales le acabaron de desahuciar los médicos; viniéronle á visitar algunos doctores de la Universidad, con el Rector de ella, y trataba con ellos de su muerte y partida, como si se fuese ó mudase á otro Colegio, y era tanta la devoción y ternura con que hablaba, que enterneciera los más duros corazones, cuanto y más los que los tenían tan blandos y tiernos con lo mucho que

le amaban. Entre otras razones, que en este tiempo decía, era una, que estaba muy dudoso y perplejo, en que por una parte deseaba padecer mucho, viendo que Cristo había venido al mundo á padecer por él, y así no sería razón desear morir luego sin padecer mucho por tal Señor; «y así, Señor, dure, decía, dure este tormento, que así lo decía el santo Padre Isla» (era éste uno de los santos é insignes varones que el Padre conoció y tenía apuntado en su cartapacio para encomendarse á él); por otra parte, decía que se quería morir luego, por no dar cuidado ni malas noches á sus hermanos; pero en todo con muy gran resignación en la divina voluntad. Lo uno y lo otro le cumplió Dios Nuestro Señor, porque no estuvo desahuciado y en la cama más que solos dos días, y los dolores y trabajos fueron tan eficaces para el trabajo de la respiración, que afirmaron los médicos era la muerte más penosa y dolorosa que naturalmente podía haber. Añadió el catedrático de prima de medicina (que como á Padre y tan querido todos le acudieron), que tenía por cierto que aquella alma la detenía con tan gran tormento Dios Nuestro Señor para darle el purgatorio en aquella cama y de allí llevarlo al cielo. Y fué cosa de maravilla, que con tener siempre, hasta una hora antes de morir, tan vivos sus sentidos y habla, aunque penosa, no se le oyese palabra de sentimiento ni queja alguna, antes preguntándole el Padre Rector si sentía muy gran dolor, respondió: «no, Padre, no es muy grande, mayor quisiera yo que fuese.» Los ratos que le dejaban las visitas, levantaba las manos y ojos al cielo, y hacía tiernísimos coloquios con Dios Nuestro Señor, ya con actos vehementes de contrición, ya pidiendo afectuosísimamente perdón de las faltas y yerros pasados, ya de amor, ya de esperanza y confianza en la divina bondad y misericordia. Pocas horas antes de su muerte se consolaba diciendo que esperaba verse con nuestros Padres San Ignacio, San Francisco Javier, el Santo Borja, Gonzaga y Estanislao, sus devotos. Aunque en todo esto con muchísimo trabajo, porque iba muy aprieta cerrándosele el pecho, y de esta manera perdió el habla una hora antes de morir. Acudió todo el Colegio y el Padre Provincial, que á sólo hallarse presente á esta hora había ido de la Casa Profesa al Colegio; dijéronle la recomendación del alma, y á las últimas palabras dió la última boqueada y con ella el alma al que para tanta gloria suya, tanta honra de la Compañía y tanto provecho de esta Nueva España, le había criado, á 11 de Mayo á las seis de la tarde, año de 1626, siendo de edad de 80 años, de los cuales 62 vivió en la Compañía, y 50 de ellos en esta Provincia y ciudad de México.

Luego que oyeron doblar en nuestro Colegio, comenzaron á doblar no sólo en la Casa Profesa, sino también en algunos conventos de religiosos y religiosas de esta ciudad.

Púsose el cuerpo revestido de los ornamentos sacerdotales (como se usa en la Compañía), en las andas y en una sala interior de casa. Comenzó á venir gente de fuera á ver y venerar aquel santo cuerpo, y entre ellos vino el Dr. D. Alonso Muñoz, Dean de esta santa Iglesia de México, Doctor en sagrada Teología y catedrático de ella en la de prima, persona de las primeras en este Reino, y que renunció la elección que de su persona se había hecho en el Consejo Real de las Indias para Obispo de la santa Iglesia de Chiapas, y que á ser conocidas sus letras y ejemplos en España, pudiera ocupar y honrar mayores y

más dignos puestos. Fué de los más antiguos, más queridos y más fieles y reconocidos discípulos que el venerable P. Pedro de Hortigoza tuvo, y así le visitó en su enfermedad y á la hora de su muerte vino, é hincando las rodillas en tierra, sin poder hablar más palabra que decir: dónde se nos ha ido, señor Doctor, le besó la mano y hecho un río de lágrimas, se partió de allí porque el sentimiento no le daba lugar á detenerse. Envió de la Catedral seis blandones de plata con seis cirios que ardiesen donde se pusiese el cuerpo del difunto; otros muchos acudieron á ver y venerar aquel santo cuerpo, de persona tan conocida y nombrada, y tan pocas veces vista por su raro recogimiento y humildad.

El día siguiente, estando ya todos los Padres y hermanos del Colegio, y los de la Casa Profesa juntos con el Padre Provincial, tratando de hacer el oficio y entierro, vino el dicho Sr. Dean con todo su ilustre Cabildo, clérigos y capilla, diciendo que á él le competía hacer aquel oficio, como de hecho lo celebró. Acudieron las sagradas religiones, toda la Universidad y los caballeros, y lo más granado del pueblo con que se hizo uno de los más graves entierros que en esta ciudad se habían visto. El día siguiente quiso el cura y clérigos de la parroquia de Santa Catarina Mártir de esta misma ciudad, hacer las honras á su santo Padre y maestro, las que celebraron con un alto túmulo, mucha cera y acompañamiento de clérigos y multitud del pueblo. Algunos meses después, entrando á ser Rector de esta Universidad el Dr. Diego de Barrientos Rivera, letrado y ciudadano muy principal de México, por el amor y veneración que al venerable P. Pedro de Hortigoza había tenido en vida, y para mostrar la estimación que de tal varón hacía, quiso y ordenó que la Universidad en forma de tal le hiciese sus honras; las cuales celebraron con mucha pompa y solemnidad, orando la tarde antes, después de las vísperas, una oración fúnebre un sacerdote cursante, renovando en ella la memoria de las virtudes de varón tan insigne, y el día siguiente predicó el P. Maestro Fray Gabriel de Rivera, religioso grave de la orden del glorioso Padre San Agustín, que celebró y encareció mucho las alabanzas de nuestro venerable Padre, y con estas y otras demostraciones que en esta ciudad se hicieron á la muerte y honras del P. Dr. Pedro de Hortigoza, mostró el Cabildo eclesiástico, la Universidad, las religiones y toda la república, el agradecimiento y reconocimiento que á tal Padre y maestro universal juzgaron le era debido. Murió este esclarecido varón año de 1620 y 11 de Mayo, habiendo entrado en los 81 de su edad. Era pequeño de cuerpo aunque de venerable aspecto.

CAPITULO XII.

VIDA Y VIRTUDES DEL MUY RELIGIOSO P. DIEGO DE SANTIESTEBAN,
LECTOR DE TEOLOGÍA MUCHOS AÑOS EN EL COLEGIO
DE MÉXICO.

A la vida, muerte y religiosísimas virtudes de tan grande maestro como el P. Pedro de Hortigoza, de quien habemos tratado, pareció juntar las ejemplares virtudes, vida y muerte del maestro que le su-